









CUANDO LOS FOCOS  
DEJAN DE ILUMINAR



Manuel Simón

CUANDO LOS FOCOS  
DEJAN DE ILUMINAR



Primera edición: noviembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Simón

ISBN: 978-84-10400-98-6

ISBN digital: 978-84-10400-99-3

Depósito legal: M-25781-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*Para María, Cayetana y Caye.*



El mal conoce el bien, pero el bien no conoce el mal.

FRANZ KAFKA



# Madrid

1992

Eran las cinco de la tarde de un otoñal y agradable día madrileño. Lucía, junto a su muñeca Lisa, contemplaba desde la ventana cómo se mecían las hojas de los árboles del parque de enfrente de su casa movidas por una perezosa brisa. A su lado, cuidado como un tesoro, se encontraba un pequeño cuento con ilustraciones, *La Bella y la Bestia*, que Lucía no paraba, anhelante, de ojear. Hoy era, por fin, el día en que su madre la iba a llevar al cine a ver su deseada película de Disney. La niña, con tan solo seis años, estaba hipnóticamente enamorada de esa historia que tantas noches le leía su madre y por la que deseaba ansiosamente su estreno en cines para poder verla en pantalla. Lucía estaba ya arreglada desde hacía dos horas, pese a que la sesión era a las seis y cuarto, pero ella, consciente de que su madre siempre tardaba más de la cuenta, no veía el momento para emprender rumbo, por lo que no dudó en salir de su cuarto y tocar nerviosa en la habitación de sus padres. Al abrir la puerta, se sorprendió al ver que su madre ya estaba prácticamente dispuesta.

—Sabía que vendrías antes de tiempo —le dijo su madre al verla entrar.

—Mami, es que tengo muchas ganas de ver esta película.

—Lo sé, cariño, termino de retocarme y salimos en cinco minutos.

Lucía le regaló una gran sonrisa a su madre y, agarrada de su muñeca, se dirigió al salón donde su padre reposaba tumbado en

el sofá viendo una de esas películas del oeste de serie B que tanto le gustaban. Aunque lo que se dice ver no veía mucho, porque solía dormirse a los quince minutos de haber empezado el *western*, pese a que él nunca lo reconociera, argumentando que le daba descanso a la vista pero que seguía perfectamente la película. Lucía se sentó al lado de su padre, y este, al oírla, abrió un poco el ojo izquierdo.

—¿Ya estás por aquí, granujilla?

—Estoy esperando a que mamá termine de arreglarse para irnos al cine.

—Eso está bien, cariño, papá no puede ir, pero luego os recogerá a mamá y a ti para tomar una de esas hamburguesas que tanto te gustan.

—¿Hamburguesa de VIPS? —gritó la niña emocionada.

—¡Premio! —contestó el padre guiñándole un ojo y dibujando media sonrisa.

Los tacones de la madre interrumpieron la conversación dando aviso de su llegada. Lucía, al verla, se levantó de estampida para coger su abrigo del armario y por fin salir de casa, pero lo hizo con tanto entusiasmo que su madre le tuvo que recordar que se despidiera de su padre, lo que la pequeña hizo con un cariñoso beso mientras le susurraba al oído la oferta de la hamburguesa.

—Adiós, papi, luego nos veremos.

—Adiós, cariño. Disfrutad del cine.

Madre e hija salieron de su portal en la calle General Perón para dirigirse al cine Novedades de la cercana calle Orense.

—Mamá, ¿podemos pasar antes por VIPS para comprar unas chocolatinas?

La madre de Lucía frunció el ceño, no le hacía mucha gracia que su hija comiera tanto dulce, pero iba a ver una película que llevaba meses esperando y no podía resistirse a esa carita.

—Sí, cielo, pero no comas muchas o luego no tendrás hambre para la hamburguesa.

—Vale, te prometo que me comeré solo dos.

La madre le hizo una caricia con la mano en el liso pelo de Lucía para luego bajarla y apoyarse en su hombro mientras juntaban

sus cuerpos. A la llegada a VIPs, Lucía enloqueció. Amaba especialmente ese sitio; ahí es donde podía merendar tortitas, comprar chokolatinas y, luego, con un poco de suerte, comprarse un libro para dibujar o un VHS para verlo en casa. En VIPs siempre había ofertas, y a Lucía no se le pasaba ni una. Ese enorme rótulo rojo de letras blancas cautivaba a la pequeña de tan corta edad. Una vez dentro, Lucía cogió un Chupachups de fresa y una chokolatina Crunch, y se las dio a su madre para que las pagara.

Ya en la cola, vieron la nevera que se encontraba al lado de la puerta y fueron a coger dos botellas de agua. Lucía iba pegada a su madre, pero antes de salir del establecimiento le pareció ver a alguien vestido de Mickey bailando. La pequeña se quedó extasiada viéndolo actuar; se reía con lo que hacía el ratoncito y le gustaban mucho sus movimientos. En uno de sus giros, Mickey pudo ver que Lucía le miraba fijamente y sonreía. El personaje la saludó y, cuando ella le devolvió el saludo, le mandó un beso. Lucía salió de la tienda y se dirigió a él.

—Hola niñita, yo soy Mickey, ¿tú cómo te llamas?

—¡Hola Mickey! Me llamo Lucía —contestó la niña algo vergonzosa.

—Hola Lucía, ¿qué haces aquí solita? ¿Dónde están tus papás?

—Mi mamá está dentro comprándome unas chucherías, y ahora vamos a ir a ver la Bella y la Bestia.

—Mmmmm..., qué buen plan. Yo ahora tengo que ir a esa furgoneta a recoger mucho algodón de azúcar para dárselo a las niñas como tú, si vienes conmigo te daré uno.

Lucía dibujó una sonrisa que no le cabía en el rostro y se dio la vuelta para ir a contarle a su madre lo que Mickey le había dicho, pero volvió a escuchar de nuevo su voz.

—Lucía —se arrodilló Mickey para que solo le oyera ella—, ¿sabes una cosa?, aquí tengo unos amiguitos con los que puedes jugar cuando quieras, estamos todos: Pluto, Donald, Minnie, yo, y muchos más.

La niña notó entonces cómo alguien le tocaba el hombro por su la espalda; era su madre, nerviosa al haberse despistado de su hija.

—Lucía, hija, te he dicho siempre que no te separes nunca de mí. ¿Por qué te has ido?

—He venido a ver a Mickey.

La madre contempló a Mickey con una mirada no demasiado amable mientras cogía con decisión la mano de su hija. Mickey se levantó despidiéndose de Lucía, que de espaldas a él le devolvió el saludo mientras su cara dibujaba una gran sonrisa.

Madre e hija llegaron a las taquillas del cine donde les esperaba una cola abarrotada de gente. Lucía, cada vez más nerviosa, apretaba con fuerza la mano de su madre, que le correspondía acariciándosela con mucho cariño. Por fin pudieron sentarse en sus butacas. El cine Novedades tenía unos asientos negros acolchados y un enorme pasillo central de color rojo; para Lucía, pisar aquel pasillo siempre suponía un motivo de felicidad, y pese a que ya había ido en otras ocasiones con sus padres al cine, esta vez era diferente, el deseo de poder ver en imágenes lo que tanto tiempo llevaba escuchando por boca de su madre y leyendo ella misma, hacía de la ocasión una experiencia fascinante. Tras casi la hora y media que duró la película, Lucía no paró de reír y sufrir junto a su mamá, que contemplaba con cariño cada gesto de disfrute y cada momento de emoción de su hija.

Cuando salieron del cine, la niña no paraba de hablar de lo mucho que le había gustado la película, especialmente, todas las escenas en las que salía Bella; le encantaba cómo era ese personaje, tanto, que ya empezaba a imitarla hablando igual que ella, lo que hizo sonreír a su madre. A pocos metros de la sala del cine les estaba esperando su padre fumándose un cigarrillo. Al verlas, tiró el pitillo y se agachó con los brazos abiertos para recibir el abrazo de su hija en carrera. Le dio un gran beso y, cogidos de la mano, los tres fueron caminando hacia VIPS para comer la hamburguesa que tanto gustaba a Lucía y que su padre le había prometido. A la llegada, Lucía volvió a ver a Mickey, y, a decir verdad, se quedó más pendiente del personaje que de entrar, pero como iba cogida de la mano de sus padres no pudo buscarle con facilidad. Pese al enor-



me gentío que paseaba por la zona a esas horas Lucía consiguió ver cómo Mickey y el resto de sus amigos, ya un poco alejados, estaban recogiendo todo el puesto y cargando la furgoneta junto a la acera. En un momento de descuido, aprovechando que sus padres se habían parado a saludar a unos amigos, Lucía pudo desquitarse de la mano de su madre e ir junto a Mickey. Cuando Mickey la vio le susurró de rodillas:

—Hola.

—Hola Mickey —contestó sonriente la niña—, he venido a por mi algodón de azúcar.

—Ya lo sabía, por eso te tengo preparado el mejor algodón de todos, para que lo disfrutes —le dijo el ratón animado mientras cogía un algodón y se lo daba.

Lucía cogió su dulce de azúcar y con la mano quitó un trozo para llevárselo a la boca.

—Muchas gracias, Mickey, tengo que volver con mis papás —dijo mientras comía golosa.

—¡Eh, chicos! —dijo Mickey girándose para avisar a Pluto, Donald y Minnie—, decidle adiós a esta amiguita que se va ya con sus papás.

Todos le dijeron adiós con la mano a Lucía, que se giró alegre mientras se dirigía a donde estaban sus padres charlando con los amigos. De repente, sin apenas dar los primeros pasos, Lucía notó cómo dos manos fuertes le agarraban de sus brazos y una de ellas le tapaba la boca con un pañuelo húmedo que a los pocos segundos la dejaba completamente dormida.

Cuando Lucía pudo abrir de nuevo los ojos, estaba sentada en la silla de una habitación oscura, muy fría, con las paredes de hormigón y solo un par de luces de tubo en lo alto de las paredes, casi en el techo, que se encendían y apagaban interrumidamente. En el extremo de aquel aterrador cuarto había dos pequeñas camas y, en una de ellas, consiguió ver el cuerpo de una niña que parecía dormida. Comenzó a llorar al tiempo que intentaba soltar sus brazos de las cuerdas que le ataban, pero todo esfuerzo fue inútil. Escu-

chó entonces unos rápidos pasos que se acercaban a la habitación. Cuando dejaron de oírse, la manivela de la puerta se giró con cierta lentitud. Lucía alcanzó vagamente a ver la silueta de una persona apoyada en el quicio de la puerta. Como aún estaba un poco afectada por lo que le habían administrado, su visión seguía siendo algo defectuosa, pero pudo contemplar cómo la silueta de aquella figura se le acercó hasta la silla y, al oído, le dijo:

—Tú no vas a ser como las demás, tú vas a conocer mi verdadero rostro.

# 1

## Presente

Santiago estaba en el cuarto de baño de su casa apoyado a la taza del retrete, de rodillas. La segunda arcada le propició un vómito continuado e intenso, pero una vez evacuado, el estómago se repuso, se lavó los dientes, gargajó varias veces el enjuague bucal y se miró en el espejo. Con las manos, tiró para atrás su ondulado pelo moreno y se retocó la densa barba acariciándola con un cierto ritual. Salió directo a la cocina donde le esperaba su mujer para desayunar. Eran las ocho de la mañana y había citado a todos los participantes para el primer día de rodaje a las nueve y media. Tenía algo de tiempo para disfrutar con su familia. Su mujer, Virginia, permanecía sentada tomándose un café con leche y una tostada con aceite. Con su gran melena pelirroja recogida por una coleta, ya estaba arreglada para ir a trabajar cuando vio entrar por la puerta a Santiago. Lo observó con sus gafas de pasta de carey.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Virginia.

—Ya sabes, siempre me pasa lo mismo cuando empiezo un nuevo rodaje; mucha carga a mis espaldas que todavía no sé cómo voy a lidiar.

—Bueno, este proyecto te entusiasmaba desde el principio, es algo que llevabas mucho tiempo queriendo hacer.

—Sí, sí, no te digo que no, lo que me preocupa de verdad son esas dos actrices que tengo. Son dos temperamentos difíciles de llevar, tienen mucho ego y encima se llevan a matar. Las lecturas de

guion y los ensayos han sido terroríficos, no me quiero ni imaginar el rodaje. Y encima tengo a ese puto productor de mierda dando el coñazo, siempre histérico por su película, no para quieto, está todo el día encima de nosotros.

—Bueno, ya sabes mi opinión.

—¿Otra vez? —dijo Santiago interrumpiendo a su mujer.

—Sí, otra vez, cariño, y las veces que hagan falta, ya sabes que estoy preocupada y que creo que necesitas hablar con alguien, no sé, alguien que pueda ayudarte y dejar que aires tus problemas sin tenerlos guardados solo para ti. Llevas mucha presión en tu trabajo, creo que es momento de equilibrarla, de compartirla con alguien más que contigo, te vendría muy bien.

—No vas a parar hasta conseguirlo, ¿verdad?

—Ya sabes que no —dijo ella mientras le daba un mordisco a la tostada que tenía en la mano y le lanzaba un beso al aire.

—Bueno, te haré caso, pero tampoco me exijas mucho, estoy hasta arriba de trabajo y no puedo estar tanto tiempo fuera de él.

—Te lo prometo —le contestó Virginia sonriendo mientras daba un salto de alegría—, ya verás qué bien te va a venir.

—Por cierto, ¿has hablado con Isabel?

—Ayer por la noche, tú ya estabas dormido.

—¿Y qué tal?

—Bien, sigue con sus proyectos musicales.

—Hace tiempo que no hablo con ella, tengo que llamarla.

—Paciencia, cariño, ya sabes que tu hija es una mujer muy ocupada.

—Digo yo que tendrá un hueco para hablar con su padre, aunque esté en el otro lado del mundo.

Virginia miró a su marido con una cariñosa sonrisa mientras le pasaba la mano por la mejilla derecha. Santiago le dio un beso y se levantó de la mesa para ir al trabajo. No paraba de pensar en cómo lidiar la difícil jornada que se le venía encima, pero estaba seguro de que podría hacerlo, esas oportunidades solo se dan una vez en la vida y él no iba a desaprovecharla.

El chófer de la productora estaba esperándole fuera y ya había tocado dos veces el claxon. Santiago se puso una chaqueta y salió de casa para subirse al coche. Una vez ahí, le venía a la cabeza constantemente su primera reunión con el productor que le vendió este proyecto, sin duda, el más ambicioso y complicado de su carrera tras toda una vida de dedicación al cine. A sus cincuenta y cinco años, y pese al apasionante reto, no comprendía cómo se había podido meter en semejante historia.

Recordaba que estando en El Paraguas, un conocido restaurante de Madrid del barrio de Salamanca, un amigo suyo le hizo una encerrona. Con la excusa de comer juntos para festejar su cumpleaños, se presentó allí con uno de los productores más histriónicos del cine español, Javier Otero, conocido por su gran temperamento y su desmedida ambición. Era un más que reputado productor que contaba por triunfos sus proyectos, aunque todos ellos estuvieran envueltos en algún tipo de escándalo. Su sola presencia ya intimidaba; era un hombre grande, muy corpulento, cercano al metro ochenta y cinco de estatura y de complexión fuerte. Con el pelo canoso, engominado hacia atrás, y una voz penetrante, se notaba un hombre curtido en la vida, con experiencia de la calle, siempre hablando con un lenguaje peculiar, nada refinado. Era un hombre directo que te miraba fijamente a los ojos, y en esa mirada podías adivinar que lo que más le importaba en la vida era triunfar sin preocuparle los medios. Un hombre que, cuando lo ves por primera vez, ya no lo olvidas.

Santiago había oído hablar mucho de él, aunque en realidad, cualquier persona que se ganara la vida en el mundo del cine, y sobre todo cualquier profesional que quisiera triunfar en el panorama cinematográfico español, conocía la existencia de Javier Otero. De ahí que cualquier artista dedicado al celuloide, pese a que pudieran intimidarle las muchas leyendas urbanas que se escuchaban acerca del productor, estaría deseando tener la oportunidad de trabajar con él.

Fue una agradable quedada, a la que también asistió el chófer y guardaespaldas de Javier Otero, del que Santiago solo recordaría

dos cosas: su nombre, Daniel, y que no pronunció una sola palabra en toda la comida. Sentado junto a su jefe, comía y bebía con total soltura, pero no decía nada, tan solo escuchaba y observaba. A decir verdad, era un hombre que intimidaba bastante; se le notaba una persona fibrosa, angulada, con las venas de las manos notablemente marcadas, como las del cuello y la cabeza, que se veían con facilidad debido a que la llevaba rapada.

Los cuatro, en una comida en la que no se habló de trabajo, dieron cuenta de unas exquisitas, aunque no muy generosas, raciones de manitas de cerdo rellenas de colmenillas y trufa, lasaña de faisán, y cochinillo confitado, acompañados de dos botellas de Pago de Carraovejas. Fue Javier quien en los postres —que pidió sin consultarlos a nadie— aprovechó para iniciar una sobremesa con su nuevo amigo y crear una atmósfera más cómoda y afable para los presentes, a lo que sin duda contribuyó una botella de Louis Roederer Cristal servida con gran cortesía por el sommelier.

—Este proyecto —comenzó el productor mientras libaba despacio su copa de champagne— es la culminación de una obra que puede romper todos los moldes del cine español. He estado esperando mucho tiempo y, ahora, pese a lo que me pueda inquietar, es la obra que más deseo hacer, y tú, Santiago, eres el director perfecto para llevarla a cabo. Tienes años de experiencia, conoces perfectamente el oficio y creo que estás sobradamente capacitado para rodarla con gran profesionalidad y soltura.

Javier —no había más que verlo— era un empresario y un productor que sabía perfectamente lo que quería, y Santiago era esa clase de directores de cine que son manejables, que no imponen sus ideas por encima de las del productor, que se limitan a hacer su trabajo, y que por ello han tenido una larga, aunque no muy exitosa, carrera en el cine. A medida que iba pasando el tiempo y Javier le seguía contando, el entusiasmo de Santiago crecía; pensaba para sí —o quería pensar, ahora qué más daba— que Javier no parecía tan malo como se rumoreaba, que le estaba sorprendiendo gratamente el entusiasmo con el que hablaba del proyecto que tenía

entre manos y, por qué no, la forma en cómo le adulaba. Santiago era una persona que amaba el cine y ver a alguien hablar con tanta pasión sobre ello le despertaba sentimientos positivos. Le atrajo tanto la oferta que ponían a su alcance que, al final de la última copa de champagne, ya había confirmado que dirigiría la película. No dudó un instante en decir sí al ambicioso proyecto.

—¡Bien! Esto habrá que celebrarlo con otra botella, ¿no? —dijo Javier entusiasmado por la idea de haber convencido a ese director de perfil dócil que venía buscando para su película.

Mientras seguían disfrutando de la sobremesa, Javier no paró de alardear de sus grandes éxitos. Pero en un momento dado, y cambiando por completo la expresión de su rostro, se dirigió a Santiago.

—Por cierto —dijo Javier mirando fijamente a los ojos del director—, he oído decir que el rodaje de tu último proyecto fue complicado y que llegaste a tener episodios un tanto desagradables.

A Santiago le cogió un tanto por sorpresa la pregunta. La verdad es que no había imaginado que la conversación pudiera ir por ese camino, y bien sabe lo poco que le gustaba recordar esa experiencia. Fueron tantos los episodios complicados que no le resultaba agradable volver a sus fantasmas del pasado.

—Bueno, digamos que no todo lo que se dice es verdad, siempre hay momentos difíciles de afrontar en la vida y algunas veces se sale mejor y otras peor. Lo importante es que el proyecto vio la luz y fue muy bien, tanto en taquilla como en crítica. Siempre intento quedarme con las cosas positivas de todas las experiencias que he vivido.

—Me gusta tu respuesta —contestó rápido Javier—. Lo que me importa de mis películas es que salgan bien, que tengan éxito, por eso debemos triunfar con esta, no cabe otra opción. Para que veas cómo me implico en todos mis asuntos, yo estaré siempre encima del proyecto supervisándolo. Sé que tú y yo nos vamos a llevar bien —finalizó el productor mientras cogía su copa con una mano y con la otra le daba una palmada a Santiago en la espalda haciéndose notar como el dominante de la situación.

Y así, entre copas y una animada charla, Santiago se vio inmerso en un nuevo proyecto que a la vez que le despertaba entusiasmo y ganas de empezar, también le producía cierto cosquilleo nervioso, pues en cierta medida le atemorizaba un tanto la idea de trabajar con uno de los productores más exigente del país, por no decir el más exigente. Pero al fin se iba a hacer cargo de una enorme producción, de una gran película que además gozaba de un inigualable elenco de actores, algo que no habría imaginado ni en sus mejores sueños. Una oportunidad así —pensó Santiago— era el gran reto de su vida después de tantos años de carrera.

Ahora, en el coche, camino del set de rodaje, del primer día de ensayo, cuando por fin los focos se iban a encender, fueron todos esos momentos los que acapararon la mente del director. Sin embargo, poco tardaría Santiago en comprobar algunas de las frases que en su día le dijo Javier, sobre todas, que él iba a estar «encima del proyecto y que lo iba a supervisar», una afirmación que se quedó muy corta comparada con las vivencias que empezaría a tener el director con su productor.



## 2

La película que iba a dirigir Santiago consistía en un guion basado en un antiguo libro de los años veinte cuyos derechos compró el productor Javier Otero, tiempo atrás, a los nietos del autor de la novela. La trama trataba de una pintora amargamente frustrada por su arte, que había abandonado la ciudad por el campo buscando una inspiración marchita, y, de paso, reencontrarse a sí misma. Al poco de instalarse allí conoce a un chico del que se enamora locamente, lo que la inspira volver a pintar y a encontrarse de nuevo con todo su mundo; pero de repente todo cambia cuando recibe la visita de su hermana mayor y la hija de esta. Su marido había muerto de una rápida enfermedad y ella no tenía el suficiente dinero para mantener a su hija y la vivienda, motivo por el que decide ir con su hermana ya que es la única familia que le queda. La joven pintora recibe a su hermana y a su sobrina en casa, pero el oscuro mundo del pasado la vuelve a invadir y sus ataques de celos hacia su hermana pronto aparecerán. La casa irá comiendo su alma poco a poco y su sobrina será el único bastión al que pueda aferrarse.

El papel de la pintora lo iba a interpretar Melania Velasco, una prometedor actriz del cine español que había ganado su fama gracias a una serie sobre adolescentes donde destacó muy por encima de los demás, y que abandonó a la cuarta temporada por tener mayores ambiciones. Su físico no pasaba desapercibido: rubia, de metro sesenta y cinco y con ojos verdes, mantenía una figura muy estilizada. A veces más famosa por su vida personal y por las revistas del corazón, que por su trabajo, esta era la oportunidad de

Melania de demostrar su gran calidad como actriz y convencer de que podía enfrentarse a papeles mayúsculos.

La hermana mayor y su hija serían interpretadas por Paula Silva y Mónica, también madre e hija en la vida real. Paula, con treinta y seis años, seguía manteniendo una imagen juvenil; su largo pelo castaño, su moreno de piel y su afán por cuidarse siempre a base de cremas, hacían que su piel y su rostro estuvieran muy bien conservados. Paula era una afamada actriz que llevaba fuera de los escenarios seis años, desde el nacimiento de su hija, ya que prefirió dedicar su tiempo al cuidado de Mónica y centrarse más en su familia. Su hija era una niña muy risueña, juguetona y con mucha vitalidad, que lograba sacar siempre una sonrisa hasta de la persona más triste. A Paula le gustaba peinarla con un lacito rojo a modo de coleta para sujetar su pelo color castaño, igual que el de su madre. En el pasado, el trabajo de la actriz le quitaba prácticamente todo el tiempo —llegó a hacer una película por año mientras compaginaba dos series de éxito—, y aunque el estrellato le llegó pronto, una serie de episodios turbios en su vida personal y el cansancio acumulado, hicieron que Paula decidiera alejarse de los focos mediáticos y empezar una nueva vida junto a su hija. Pero ahora, pasados unos años, este nuevo trabajo cautivó su atención, y decidió aceptarlo, quedando también su hija ligada al proyecto para desenvolverse como madre e hija en la ficción.

En cuanto al papel del joven pueblerino que logra seducir a la pintora, estaría encarnado por Guillermo Arques, famoso actor de ascendencia italiana, que inició su carrera en España hasta lograr abrirse un hueco entre los actores más codiciados para papeles importantes. Tenía un largo pelo castaño muy claro, casi rubio, y mantenía su cuerpo bastante cuidado debido al duro trabajo que realizaba en el gimnasio.

Como se podía advertir, el núcleo fuerte de los personajes que componían la película lo formaban rostros muy famosos, favoritos del público, y cuyos papeles en el filme, por otro lado, suponían cargas dramáticas muy elevadas. El resto del reparto se componía

de unos cuantos secundarios cuyos roles no eran muy relevantes, si exceptuamos al guardián de la finca, el gran Antonio Vidal, consagradísimo actor, dos veces ganador del Goya, que decidió incorporarse a este proyecto después de estar décadas fuera del país trabajando en Latinoamérica. Con una gran barba canosa, al igual que su pelo, peinado con la raya al lado, Antonio era un hombre tranquilo, muy pausado, y pese a su edad —acababa de superar los sesenta años—, aún mantenía una figura bien conservada, incluso demasiado delgada.

Esos detalles los fue conociendo el director cuando decidió unirse al proyecto, porque Javier lo tenía todo plenamente diseñado para llevarlo a cabo bajo su férreo control. No quería que su nuevo juguete pudiera caer en manos de alguien con mucho carácter o demasiado controlador; necesitaba mandar sobre su película y eso solo lo conseguiría con un director dócil y sumiso que no tuviera la suficiente personalidad como para enfrentarse al productor. Quería que su cinta fuera perfecta, por algo tenía una gran historia, un grandísimo reparto y un director a quien poder controlar para que se hiciera lo que él tenía en mente. Pensaba que el director tan solo debía ser una pieza del engranaje que hiciera funcionar el proyecto, importante, sí, pero que no se metiera demasiado en el fondo de la historia para hacerla suya. De ahí que necesitara a alguien conocedor del mundo del cine, que supiera hacer bien su oficio, pero sin abrir la boca. La persona idónea era Santiago Montes, un director que encarnaba a la perfección lo que estaba buscando. Así que, cuando se sumó al proyecto, Santiago tuvo poco que decir en cuanto a elección de personajes, pero ello no le impidió que se pusiera a trabajar duro y ponerse manos a la obra cuanto antes para ocuparse en todo lo que faltaba.



### 3

A su llegada a los estudios, Santiago entró en el primer set de rodaje; era el módulo que albergaba el decorado de la casa principal donde todo se iba a desarrollar. Se quedó contemplándolo con cierta satisfacción, estaba encantado con lo que veía, había quedado perfecto, tal y como Javier le había contado y, por qué no reconocerlo, igual a como él se lo imaginaba. No en balde constituía una de las piezas fundamentales de la película y tenía el diseño perfecto. El productor mandó hacer la casa *ex profeso* —y que se grabara en estudio— al no encontrar ninguna que se asemejara a la que tenía en mente, así que se la construyeron a su medida y había quedado perfecta, algo que agradó a Santiago, que contemplaba boquiabierto todo el proyecto que ahora estaba en sus manos sin todavía acabar de creerse que iba a ser él quien lo dirigiera. No había la más mínima objeción que poner por su parte y, para ser sincero, estaba encantado con todo lo que se ponía a su disposición.

El primer día de rodaje fue muy llevadero, incluso más fácil de lo que Santiago esperaba. Una vez que reunió al equipo les dirigió unas palabras —siempre acostumbraba a hacerlo— para transmitirles que para él la película era algo de todos, que desde el primero hasta el último de los que allí estaban debían sentirse partícipes de la cinta como el que más. Al director le gustaba mucho compartir protagonismo y, aunque los problemas, sinsabores y momentos difíciles de todo rodaje los guardara siempre para sí mismo, el éxito y los aplausos prefería que fueran de todo el equipo.

El calendario de rodaje estaba estructurado de una manera bastante efectiva en cuanto a economía de tiempo se refería. La estimación del calendario de trabajo iba entorno a los tres meses, comenzando en octubre. Se dejaba prudentemente un mes más por si tenía que volver a rodar alguna escena que, una vez visionada en la sala de edición y montaje, no le hubiera gustado. Diseñó el *planning* de rodaje intentando limar asperezas entre los egos de algunos actores y actrices. Lo hizo de tal forma que hasta el segundo mes de ensayo, el mayor de los problemas que tenía, sus dos actrices principales, no iban a verse ni las caras. Pensó que era una buena estrategia, ya que la película iría más encaminada y todo el equipo se conocería mejor; de esa manera, pensó Santiago con larga experiencia, las dos actrices no ralentizarían el rodaje, sino que se sumarían a que todo fuera más llevadero.

El primer mes de ensayo estaba compuesto de escenas que no tuvieran una carga ni emocional ni psicológicamente demasiado profundas, de forma que pudieran desarrollarse sin que se notara si había, o no, mucha química entre los actores. Esas escenas, las que Santiago pensaba que iban a ser más complicadas, las de mayor tensión, las diseñó para el último mes de rodaje. En la transición de los dos primeros meses hasta llegar al tercero, rodaría las escenas en las que aparecía la hija —tanto en la vida real como en película— de una de las protagonistas, Paula. La pequeña, de tan solo seis años de edad, era la primera vez que actuaba en una película. Así, pensó el director, durante el primer mes ganaría confianza con todo el equipo y sentiría más seguridad a la hora de rodar las escenas junto al resto del elenco.

Una vez planteado a todo el equipo los tres meses de rodaje, donde Santiago creía que lograría calmar unos egos artísticos y personales tan difíciles de gestionar, terminó su explicación trasladándoles el entusiasmo y las ganas que tenía de llevar el proyecto a cabo. Instintivamente, como en un acto reflejo, fue cuando dirigió su mirada por todo el plató en busca de Javier, pero para su sorpresa, no logró encontrarlo. Tantas y tantas veces que el productor

había estado en la fase de preproducción y en las lecturas de guion con todo el equipo y, precisamente, el día del inicio de rodaje no apareció por allí. Dos cosas le vinieron a la mente en ese momento: la primera de ellas, que ojalá tuviera un negocio que le hiciera estar fuera del rodaje durante esos tres meses; y, de otro lado, la poca importancia que le daba a las palabras del productor dado que ni tan siquiera se presentó el día que comenzaba el rodaje de «su» película.

Cuando acabó de dirigirse a todo el equipo, y antes de comenzar a rodar, se reunió con la persona de mayor confianza que tenía, Rocío, su ayudante de dirección y directora de fotografía, pero especialmente, su mano derecha en todo lo que hacía. Ella, además de una gran profesional, era una verdadera amiga con la que había trabajado desde sus inicios en el cine rodando cortos; en realidad, Rocío era su respaldo técnico absolutamente en todo. Por eso Santiago ponía en ella toda su confianza. Cuando por fin estuvieron a solas, hablaron largamente acerca de cómo veían el rodaje, las impresiones que les merecía y, sobre todo, los temores que tenían.

—¿Cómo lo ves? —inició Santiago la conversación.

—Bueno, no te voy a mentir —contestó Rocío—, hay muchos actores y actrices famosos y eso puede ser un problema, o quizá no, quién sabe.

—Es cierto —dijo Santiago—, pero el hecho de que sean famosos también se debe a que han trabajado mucho, a que son grandes profesionales y se entregan al máximo en todas las películas que hacen. No quieren ver dañada su imagen, ni su fama, ni su prestigio, de ahí que trabajen con tanto empeño y dedicación. Lo malo puede venir dependiendo de sus caracteres. No sé cómo van a reaccionar a las muchas correcciones que puedas sugerirles —ambos rieron—, ni tampoco si van a llevarse bien entre ellos.

—En las lecturas de guion he visto que el principal problema vendrá por las dos actrices protagonistas, especialmente la joven, es fuego puro, no le da un respiro a Paula.

—¿Tanto?

—Sí, no sé a qué se debe, pero no la puede ni ver. Pero bueno, el otro tema que me preocupa mucho es el del productor.

—Ya, pero sabíamos a lo que nos íbamos a enfrentar en el momento en el que decidimos hacer esta peli.

—Lo sé, pero no quita que me preocupe, y mucho.

—No será para tanto.

—Me temo que sí, por lo que vi de él, es una persona que no va a dejar que nada esté fuera de su control, va a intentar manejarlo todo. Está claro que en la mayoría de trabajos en los que nos involucramos, nos limitamos a hacer lo correcto, por eso vivimos de esto, no damos problemas y ejecutamos bien todo lo que haya que hacer, pero con este tío me da la impresión de que va a ir más allá. Si te soy sincero, este proyecto me llama mucho, conozco muy bien la novela y tengo unas ganas locas de llevarla a la gran pantalla, tengo ideas acerca de ella, pero ejecutarlas me va a ser complicado si tengo todo el día al productor encima.

—Ya sabes que aquí siempre estaré para lo que necesites y que te apoyaré en todo lo que decidas hacer.

—Lo sé, Rocío, eres en la única persona en quien puedo confiar, necesito que tú seas yo. Que cuando yo no esté lúcido, seas mis ojos, mis oídos y mi mente.

—No te preocupes, juntos hemos llegado hasta aquí y juntos seguiremos.

—Me alegra mucho oírte decir eso, de verdad —contestó Santiago en tono agradecido—. Por fin voy a atreverme con un proyecto de esta envergadura; conozco esta historia como la palma de mi mano, y creo que podemos filmar una auténtica obra de arte.

Rocío asentía sonriente a las palabras de Santiago porque en el fondo no hacían más que motivarla y hacerla partícipe de ese contagioso entusiasmo que transmitía el director.

—Así se habla —contestó efusiva Rocío.

—Ahora bien, también creo que este Javier Otero nos puede hundir nuestras carreras —continuó Santiago restándole efusividad a la conversación.



—No pienses así.

—Sí, Rocío, tú no estuviste en esa comida ni las otras veces que he compartido la misma mesa trabajando con él. Es un animal competitivo, no ve amigos por ninguna parte, solo busca el triunfo.

—Bien, pues se lo daremos.

—Sí, ojalá, pero tenemos que ser también conscientes de que nos estamos jugando mucho con esta película. No olvides que es su juguete, y aunque piense que pueda destrozarlo con sus exigencias, creo que con mis ideas se podrán solventar esos problemas, lo que tenemos que hacer es ser inteligentes y bordar hasta la perfección todos los aspectos de la película para que acepte los cambios y no le sienta mal —dijo Santiago mientras gesticulaba enérgicamente invadido de emociones.

—Me alegra oírte decir todas estas cosas. En los muchos años que llevamos trabajando solo recuerdo una ilusión así en tus comienzos. Estoy convencida de que vamos a darlo todo tanto personal como profesionalmente, y que va a salir algo maravilloso de esta peli, ya lo verás. No pienses en negativo, tenemos un gran reto por delante al que debemos enfrentarnos con toda la fuerza que podamos e ir a por todas —contestó Rocío mientras cogía las manos de Santiago para tranquilizar su estado de euforia.

Santiago y Rocío salieron del despacho mucho más motivados después de aquella conversación. Llamaron a todo el equipo a sus puestos y todos obedecieron disciplinadamente. Cuando estaban colocados, Santiago dio un par de indicaciones a los actores, volvió a su silla y gritó acción por primera vez. La sensación fue muy placentera, nerviosa y estimulante a la vez; ante él tenía el mayor reto de su vida y, pese a su edad, unos escalofríos invadieron su cuerpo fruto de la intensa emoción que sentía por estar ahí. Miró a Rocío, que le devolvió la mirada, y con una cómplice sonrisa ambos iniciaron el rodaje de la tan anhelada película. Por fin comenzaba el primer día de ensayo, y con él, cobraba vida la ilusión de tantas personas alrededor del mismo para convertirlo en una gran obra de arte.

